

DIE MACULET, Rosario, *El Conde de Lumiarens en la España ilustrada. Vida, relaciones intelectuales y epistolario*, Alicante: Publicacions Universitat d'Alacant, 2021, 981 pp.

En carta del jesuita exiliado Juan Andrés a su amigo el erudito florentino Lorenzo Mehus, afirmaba que la epigrafía, la arqueología y la numismática eran las disciplinas que «in questi nostri giorni ricevito il maggiore suo splendore». El Setecientos europeo vivió una eclosión del interés por esas disciplinas no solo por un afán coleccionista, sino también para su utilización como fuentes materiales de la historia, a un nivel similar a las meramente literarias o documentales. El humanista aragonés Antonio Agustín ya en la segunda mitad del XVI, al igual que el cronista Ambrosio de Morales con su proyecto de recopilar inscripciones por toda España, defendió que las medallas y tablas en piedra debían ser para el historiador instrumentos más veraces que los documentos históricos, fácilmente manipulables. Tanto Morales como Agustín fueron redescubiertos en el siglo XVIII como precursores de esta metodología y destacados como dos de los sabios más ilustres del humanismo español.

En esa corriente reivindicativa de las inscripciones, monedas y restos arqueológicos como medios fidedignos para el estudio del pasado, la Ilustración española ofrece nombres señeros: desde Manuel Martí hasta Cándido María Trigueros, con cimas indiscutibles por su magisterio como Gregorio Mayans, biógrafo de Agustín y Martí, e intelectuales de gran valía –aunque poco conocidos– como Antonio Valcárcel,

conde de Lumiarens, al que Rosario Die Maculet dedica un documentadísimo y esclarecedor estudio.

Valcárcel era vástago de familia aristocrática: hijo de la condesa de Fuensalida –heredera del título de marquesa de Castel Rodrigo a la muerte de su tío, el príncipe Pío– y poseedor él mismo del título de conde de Lumiarens. Fue hombre de personalidad difícil y conducta por momentos borrascosa, con arrestos en el castillo de Alicante y la ciudadela de Valencia; se vio envuelto en turbios asuntos judiciales, de los que salió mal parado; fue aficionado a juegos prohibidos, y mantuvo una pésima relación con su familia: sus padres le consideraban ingrato e hipócrita. Su matrimonio con la hija de un regidor de Alicante desembocó en fracaso.

Todo ello queda recogido y contextualizado en el estudio de Die Maculet, si bien su aportación más sobresaliente es la reconstrucción del entramado de relaciones intelectuales que el erudito alicantino mantuvo con veintidós personajes de distinto peso intelectual, a través de una correspondencia dispersa en bibliotecas y archivos de España, Francia e Italia. Un total de 280 cartas fechadas entre 1768 y 1808, que se ofrecen impecablemente transcritas, más un apéndice de 13 documentos, que incluyen notas y cuadernos de sus trabajos arqueológicos y epigráficos, incluida la oda que Pedro Montegón le dedicó en 1794.

Como es lógico, no todos los corresponsales tienen la misma entidad por su importancia ni por la influencia que ejercieron sobre el propio conde. Resultó decisiva su amistad con Luis José Velázquez de Velasco, marqués de

Valdeflores, encargado en 1752 por la Academia de la Historia de recopilar un «Corpus Inscriptiorum Hispaniarum», consideradas como «únicos depósitos de la verdadera historia», que no pudo culminar por su supuesta implicación – como enseñadista que era – en el motín de 1766. Fue Valdeflores quien orientó, hasta su temprano fallecimiento en 1772, el interés inicial de Lumières por la numismática, la epigrafía y la arqueología.

Los hermanos Mayans ejercieron un ascendiente decisivo en su itinerario erudito y sustituyeron a Valdeflores como guía intelectual, pues su trato con Lumières se inició el mismo año de la muerte del marqués. El análisis de esa relación por Rosario Die es clarificador: tanto Gregorio Mayans, hasta su muerte en 1781, como su hermano Juan Antonio le aconsejaron lecturas, aclararon dudas metodológicas y perfeccionaron sus escritos, como las *Anti-güedades de Denia* o los *Barros saguntinos*. Una colaboración de treinta años que, como indica la autora, Lumières «siempre agradeció en privado, pero de la que jamás hizo mención en público».

No fue tan intensa ni decisiva la relación de Lumières con otros destacados ilustrados: con Francisco Cerdá Rico, discípulo de los Mayans, mantuvo encuentros personales e intercambió información. Los contactos con el influyente Francisco Pérez Bayer no se limitaron a solicitar del hebraísta datos sobre inscripciones griegas y hebreas: Lumières puso a su disposición su cuaderno de inscripciones recogidas en Xátiva, Gandía, Denia, Alicante, Tabarca, Cartagena y Lorca, que el canónigo Pérez Bayer utilizó en su *Diario*

*del viaje desde Valencia a Andalucía* realizado en 1782 con el propósito de recopilar inscripciones y monumentos de época romana. Su relación epistolar con Enrique Flórez entre 1771 y 1773, ya al final de la vida del agustino, no se vio acompañada por el aprecio pues, al igual que Mayans, Lumières no tenía en alta estima a Flórez como historiador. En cuanto al magistrado Fernando José Velasco Ceballos, bibliófilo y numismático, su relación «constituyó una excusa para ganarse la voluntad del consejero de Castilla y obtener de él favores y recomendaciones». Mantuvo asimismo Lumières un breve intercambio epistolar sobre temas epigráficos con el ya anciano jurista José Finestres, así como con el bibliotecario real, y amigo de Mayans, Manuel Martínez Pingarrón. El resto de los correspondientes, vinculados todos ellos por su afición a la numismática, son poco conocidos: su inclusión, no obstante, resulta de gran utilidad para contextualizar el marco de relaciones del ilustrado alicantino. Por el estudio de Die Maculey y el epistolario transcrito aparecen, con detallados y valiosos apuntes biográficos, el canónigo valenciano Valcárcel Dato, quien facilitó a Lumières materiales existentes en la biblioteca arzobispal para la redacción de los *Barros saguntinos*; el marino cartagenero Pedro de Leyba, clave en la importancia que el erudito atribuyó a Cartagena por su riqueza en epigrafía y numismática, al igual que la colaboración prestada por el caballero murciano Joaquín Saurín o el comerciante gaditano Antonio José Mosti, además de otros eruditos y coleccionistas locales, de los que se da cumplida cuenta.

La relación de Lumières con la Academia de la Historia entre 1774 y 1806, epistolario ya estudiado y publicado como facsímil por la propia autora en 2009, es el colofón del estudio. En palabras de Rosario Die, Lumières «sentó las bases del método moderno de investigación epigráfica» y puede ser considerado con todo derecho como «uno de los primeros teóricos y sistematizadores de la disciplina». Con esta

cuidada y extensa monografía, el conde de Lumières queda ya perfectamente iluminado. Como dijo Montengón en la oda que le dedicó en 1794, el conde se encaminó «por senda aun oscura / en alas de su ingenio / a indagar los arcanos y oficinas / de la naturaleza».

Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ